Era Mme de Marelle que así que Duroy abrió se precipitó en el cuarto sofocada, loca de ira.

— ¿Has oído? balbuceó.

— No, ¿qué es ello? dijo él como si no supiera nada.

— ¿De la manera que me han insultado?

— ¿Quién?

— Los miserables que habitan abajo.

— Pero no sé nada : ¿qué es lo que hay? dímelo.

Ella se puso á sollozar sin poder pronunciar una sola palabra.

Y tuvo que quitarla el sombrero, deshacerla los lazos, echarla sobre la cama, aplicarla fomentos en las sienes con un paño mojado en agua fría, pues se sofocaba de llorar. Después que su emoción se hubo calmado un tanto, la joven descargó toda su cólera indignada. Quería que él bajase en seguida, que se batiese con ellos y los matase.

— Pero si son obreros, gente palurda, repetía Duroy. Piensa en que habría que andar entre justicia, que tú podrías ser reconocida, detenida, y eso te perdería. Con gente tal no puede uno medirse.

Ella abandonó esa idea :

— ¿Cómo nos arreglaremos ahora? Porque yo no puedo entrar aquí más.

— Es muy sencillo, respondió él, voy á mudarme de casa.

— Sí, murmuró ella; pero eso será muy largo.

— Después la ocurrió de pronto una combinación y serenándose bruscamente, dijo :

— No, escucha y déjame obrar; he encontrado el medio. No te ocupes de nada. Mañana te enviaré un « pequeño azul ». Así llamaba ella á los telegramas

cerrados que circulan en París por los tubos neumáticos.

Ahora sonreía encantada de su idea, que no quería revelarle á Duroy, en tanto que se entregaba á mil locuras de amor. Sin embargo, cuando luego bajó la escalera sentía los efectos de una gran emoción, hasta el punto de tenerse que apoyar con toda su fuerza en el brazo de su amante, tanto sentía flaquear sus piernas. No encontraron á nadie en la escalera.

Como él se levantaba tarde, todavía estaba en la cama cuando hacia las once del día siguiente, le presentó el ordenanza de Telégrafos el « pequeño azul» prometido.

Duroy le abrió y leyó : « Nos veremos á las cinco, calle de Constantinopla, nº 127. Haz que te abran el piso alquilado por Mme Duroy.

« Clo te abraza.

Á las cinco en punto, Duroy entraba en la habitación del portero de una gran casa de cuartos amueblados :

— ¿Es aquí donde Mme Duroy ha alquilado un cuarto?

— Sí, señor.

— ¿Quiere Vd. indicarme cuál es?

El hombre que sin duda estaba habituado á situaciones delicadas en que la mayor prudencia es necesaria, no dejaba de mirar á Duroy fijamente, y entretanto que buscaba una entre un gran manojo de llaves, le preguntó mirándole siempre atentamente .

— ¿Es Vd. el señor Duroy?

— Sí, señor, no lo dude Vd.

El portero abrió entonces un pequeño cuarto compuesto de dos piezas y situado en el piso bajo, enfrente precisamente de su propia habitación.

El salón estaba empapelado con papel á ramos, fresco todavía, y el mobiliario lo constituían unos

cuantos muebles de caoba, cubiertos por un reps verdoso con dibujos amarillos, completándolo una alfombra á flores tan delgada que al pisar dejábase sentir la madera del pavimento.

La alcoba era tan pequeña que la cama por sí sola ocupaba tres cuartas partes, en el fondo de la habitación desde una á otra de las paredes laterales. Dicho mueble era una de esas grandes camas de las casas que se alquilan amuebladas, colgada de un pesado cortinaje de reps azul en forma de pabellón y cubierta por un edredón de seda encarnada en el que podían observarse algunas manchas sospechosas.

Duroy pensaba inquieto y descontento :

— Esto me va á costar un sentido. Va á ser necesario que tome todavía dinero prestado. Es verdaderamente idiota esto que ella hace.

La puerta se abrió y apareció Clotilde que se precipitó hacia él como un rayo y con los brazos abiertos, haciendo gran ruido con la falda :

— ¿ No es verdad que es muy bonito, dí ? ¡ Y luego no hay que subir escalera, con una ventana corrida á la calle, un piso bajo ! Ya ves, se puede entrar y salir por la ventana sin que el portero lo vea. ¡Cómo vamos á amarnos aquí dentro !

Él la besaba con frialdad, no atreviéndose á formular la pregunta que le venía á los labios.

Ella al entrar había colocado sobre un velador, instalado en medio de la estancia, un grueso paquete. Lo desenvolvió ahora sacando una pastilla de jabón, una botella de Agua de Lubin, una esponja, una caja de horquillas, un abotonador y un hierro de rizar que la serviría para arreglarse los rizos de la frente que se la deshacían todas las veces.

Alegremente se entretenía en colocar cada cosa en su sitio más á propósito, y al abrir los cajones de la cómoda pensó en que era necesario llevar alguna ropa blanca para cambiarla cuando fuese preciso.

— Verás qué cómodo es esto, decía. Si por casualidad me coge un chaparrón en la calle, vendré á secarme aquí. Cada uno tendremos nuestra llave aparte de la que tenga el portero para el caso de que alguna vez olvidemos las nuestras. He alquilado esto por tres meses, á tu nombre, por supuesto, toda vez que yo no podía dar el mío.

— Tú me dirás cuándo hay que pagar, insinuó él entonces.

— ¡ Pero, querido mío ! si está pagado, respondió ella sencillamente.

— Bueno, pues será á ti á quien lo deba.

— No, gatito mío ; esto no es cosa tuya, soy yo quien quiere permitirse esta pequeña locura.

Él tomó el aire de persona que se incomoda :

— ¡ Ah ! lo que es eso no lo consentiré absolutamente.

Ella se acercó á él suplicante y, posando las manos sobre sus hombros, insistió :

— Yo te lo ruego, Jorge mío, ¡ me causará tanto placer que sea mío, nada más que mío, nuestro nido ! Eso no puede molestarte en nada. Yo quisiera aportar

esto á nuestro amor. Díme que quieres, Jorgito mio, dímelo...

E imploraba con la mirada, con los labios, con todo su ser.

Duroy se hizo rogar, rehusando con semblante irritado varias veces; por último cedió encontrando justo en el fondo lo que la joven quería. Y cuando ella partió, murmuró, frotándose las manos y sin buscar en los repliegues de su corazón de dónde le venía el cambio de opinión que en él se operaba :

— Después de todo es encantadora.

Algunos días después recibió otro « pequeño azul » que le decía : « Mi marido llega esta noche después de seis semanas de inspección. Tendremos, pues, que renunciar á vernos por ocho días. ¡ Qué esclavitud, querido mío !

« Tu Clo. »

Duroy quedó estupefacto. Realmente se había olvidado de que estaba casada. He ahí un hombre á quien hubiera querido ver la cara, nada más que una vez, por conocerle.

Esperó, sin embargo, con paciencia la partida del marido, por más que dos noches se fué á Folies-Bergère terminándolas luego en casa de Raquel.

Una mañana recibió nuevo telegrama : « Hoy á las cinco. — Clo. »

Los dos llegaron antes de la hora á la cita. Ella se arrojó en sus brazos con amoroso transporte besándole apasionadamente en ambos lados de la cara.

— Si tú quieres, le dijo, después que nos hayamos querido mucho, iremos á comer á cualquier parte. Me he declarado libre.

Precisamente era un comienzo de mes, y si bien Duroy tenía desde mucho tiempo antes percibido su sueldo adelantado y venía viviendo al día con dinero recogido de todas partes, se encontraba por casualidad en fondos, y se alegraba de la ocasión de poder gastar con ella alguna cosa.

— Con mucho gusto, querida mía, iremos donde tú quieras.

Serían las siete cuando dejaron el cuarto de la calle de Constantinopla, y mientras ganaban el bulevar exterior, ella se apoyaba en él con fuerza y le decía al oído :

— ¡ Si supieras qué contenta estoy de ir cogida de tu brazo y cómo me gusta sentirte contra mí !

— ¿ Quieres que vayamos al restaurant Lathuille ? preguntó Duroy.

— ¡ Oh, no ! Es demasiado rumboso. Yo quisiera algo así de ordinario, de figón, un restaurant, por ejemplo, donde vayan los empleados y los obreros. ¡ Tú no sabes cómo me encantan las partidas en ventorrillo ! ¡ Si hubiéramos podido irnos al campo !

Como Duroy no conocía en el barrio ningún establecimiento de ese género, vagaron á lo largo del bulevar hasta que dieron con una taberna donde daban de comer en sala aparte. Ella había visto á través de las vidrieras de la sala dos jovenzuelas sin nada en la cabeza que estaban sentadas frente á frente de dos militares.

En el fondo de la estrecha y larga pieza comían tres cocheros de punto, y tirado en una silla, con las piernas á lo largo, las manos metidas por entre la cintura de su pantalón y echada la cabeza para atrás por encima del respaldo, fumaba su pipa un otro perso-

naje á quien hubiera sido imposible clasificar en profesión alguna.

Llevaba un chaquet que parecía un museo de manchas y por los bolsillos, abultados como vientres, asomaban el gollete de una botella, un trozo de pan, un paquete envuelto por un periódico y un cabo de bramante colgando.

Tenía aquel individuo un pelo espeso, crespo, revuelto, que parecía gris de tan sucio como estaba, y junto á él yacía la gorra por el suelo, debajo de la silla.

La entrada de Clotilde produjo sensación por la elegancia de su tocado. Las dos parejas dejaron de cuchichear, los tres cocheros de discutir, y el particular que fumaba se quitó la pipa de la boca, escupió hacia adelante y volvió un poco la cabeza para mirar.

— ¡ Cómo me gusta esto ! murmuró Mme de Marelle. Verás qué bien vamos á estar. Otra vez me visto de obrera.

Y se sentó sin reparos y sin la menor repugnancia delante de aquella mesa de madera, barnizada con la grasa de los guisos y lavada con las bebidas que se derramaban, á la cual pasó el dependiente una rodilla mientras les preguntaba lo que iban á comer. Duroy buscaba un tanto molestado y hasta con algo de vergüenza, una percha donde colgar su sombrero de copa, y como no la encontraba, concluyó por dejarle encima de una silla.

Los dos amantes comieron guisado de carnero, un trozo de rosbif y una ensalada :

— No puedes figurarte cómo adoro yo esto, tengo gustos canallas. Más me divierto aquí que en el café Inglés.

Y un poco después añadió :

— Si quieres darme gusto completamente, iremos luego á un baile público. Yo conozco uno muy gracioso y precisamente cerca de aquí, que se llama la Reina Blanca.

Duroy preguntó sorprendido :

— ¿ Quién te ha llevado á ese sitio ?

Y mientras la miraba la veía enrojecer un tanto turbada como si aquella pregunta brusca hubiese despertado en ella un recuerdo delicado. Después de una de esas vacilaciones femeninas, tan cortas que es preciso adivinarlas, respondió :

— Un amigo... (agregando después de una ligera pausa) que ya murió.

Y bajó los ojos con tristeza, bien natural por cierto.

Duroy pensó por la primera vez en todo cuanto absolutamente desconocía del pasado de aquella mujer, y soñó. Seguramente que había tenido amantes, pero ¿ de qué clase ? ¿ á qué mundo pertenecían ? Una sensación de celos, una especie de enemistad se despertaba en él contra ella, una enemistad contra todo aquello que ignoraba, contra todo lo que no le había pertenecido de aquel corazón y de aquella existencia. El joven la miraba irritado contra el misterio que se encerraba en aquella hermosa y muda cabecita que tal vez en aquel mismo instante pensaba con amarga pena en el otro, en los otros amantes. ¡ Cómo hubiera querido poder mirar en aquel recuerdo, sondearlo, saber todo, conocer todo !

Ella reiteró su ruego :

— ¿ Quieres llevarme á la Reina Blanca ? La fiesta sería completa entonces.

« Bah, pensó Duroy ; ¡ qué me importa lo pasado !

No soy poco tonto de atormentarme con esto. » Y respondió sonriendo :

— Con mil amores, querida.

Apenas se encontraron en la calle, la joven reanudó la conversación con ese tono bajo y misterioso con que se hacen las confidencias :

— Hasta hoy, dijo, no me había atrevido á pedirte esto, pero no puedes imaginarte cuánto me gustan estas escapadas de muchacho á todos estos sitios adonde no van las señoras. Para el carnaval me disfrazaré de colegial.

Cuando penetraban en la sala del baile se estrechó contra él entre medrosa y contenta, mirando como encantada á las prostitutas y á los rufianes. Alguna vez, como si quisiera tranquilizarse ante un peligro posible, decía al distinguir un municipal grave é inmóvil : « Mira qué agente ese, tiene trazas de ser hombre de puños », pero al cabo de un cuarto de hora se cansó de aquello y Duroy la condujo hasta su casa.

Desde entonces comenzó una serie de excursiones á todos los sitios de mala fama donde la gente del pueblo se divierte, y Duroy descubrió en su querida un gusto apasionado por aquella vida de estudiante juerguista.

Llegaba al sitio acostumbrado de la cita vestida con un traje de hilo y cubierta con un gorro de doncella, pero de doncella de opereta, y á pesar de la sencillez elegante y buscada de su tocado, conservaba siempre sus sortijas, sus pulseras y sus pendientes de brillantes, dando como única razón cuando Duroy la suplicaba que se las quitase :

— ¡Bah! se creerá que son chinitas del Rin.

Se consideraba admirablemente disfrazada, y siquiera lo estuviera, realmente, á la manera de los

avestruces, no por eso dejaba de entrar en las tabernas peor afamadas.

Hubiera también querido que Duroy se vistiese de obrero, pero él resistió siempre y conservó su correcta apariencia de *boulevardier*, sin querer siquiera cambiar el sombrero de copa por otro blando de fieltro.

La joven se consolaba de la obstinación de Duroy con este razonamiento :

« Creerán que soy una doncella de servicio que ha tenido la fortuna de enamorar á un joven de la buena sociedad. »

Y encontraba deliciosa aquella comedia. Así penetraban en los figones más humildes del pueblo, entrando hasta el fondo del ahumado chiribitil, donde se sentaban en sillas desvencijadas ó cojas y delante de una mugrienta mesa de madera.

Una densa nube de humo acre, en el que quedaba todavía el olor á pescado frito de la comida, llenaba el local; algunos hombres en blusa conversaban gritando mientras que sorbo á sorbo apuraban sus respectivas copas de licores diversos y el mozo del establecimiento examinaba sorprendido á la extraña pareja, mientras les servía dos copas de cerezas en aguardiente.

Temblorosa de miedo por más que también contentísima del medio en que se encontraba, Clotilde bebía á poquitos el rojo zumo de la fruta, y miraba en torno suyo con mirada inquieta y alerta. Cada cereza que tragaba producía en ella la sensación de una falta cometida, cada gota del ardiente y pimentado líquido la procuraba al descender por su garganta un placer acre, la satisfacción de un goce criminal y prohibido.

Cuando quería marcharse decía á media voz : « Vámonos » y partían. Ella desfilaba prestamente con la

cabeza baja y á paso menudito y rápido, como una actriz al retirarse del escenario, y pasaba por entre las mesas de los consumidores con aire de desconfianza y de disgusto, mas una vez franqueada la puerta, lanzaba un gran suspiro de satisfacción como si acabara de escapar á un grave peligro.

Alguna vez le preguntaba á Duroy estremecida:

— Díme, si en alguno de estos sitios me injuriasen ¿qué harías tú?

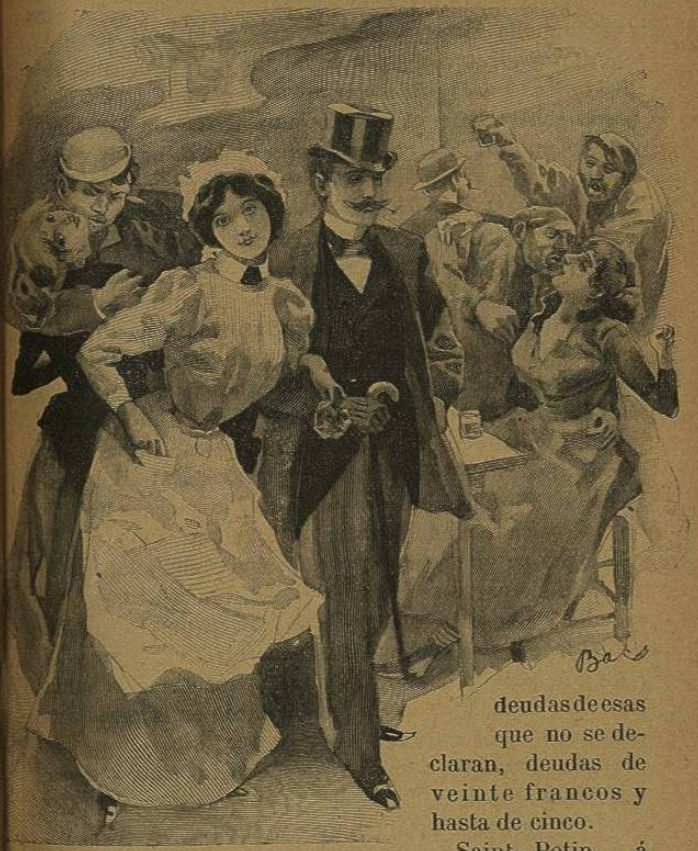
— ¿Qué había de hacer? Defenderte, ¡vive Dios! respondía Duroy con aire resuelto de hombre calavera.

Y ella, todo dichosa, le estrechaba el brazo, con deseo tal vez confuso de ser injuriada y defendida, con deseo de ver á los hombres, así fuesen hombres como aquellos, batirse por ella con su bien amado.

Mas aquellas excursiones que se repetían dos ó tres veces por semana, comenzaban á fatigar á Duroy, quien, por otra parte, se veía y se deseaba desde hacía algún tiempo para procurarse los diez francos que necesitaba para pagar el coche y el consumo que hacían visitando aquellos sitios.

Ahora vivía con gran embarazo, con mucha más dificultad que cuando era empleado de la compañía del Norte, porque habiendo gastado sin freno ni medida durante sus primeros meses de periodismo, con la esperanza siempre de ganar crecidas sumas al día siguiente, había agotado todos sus recursos y todos los medios de procurarse dinero.

El procedimiento bastante sencillo de pedir prestado en la caja lo había llegado á gastar bien pronto y debía al periódico cuatro mensualidades de su sueldo, más seiscientos francos adelantados sobre el importe de sus líneas. Por otra parte, debía cien francos á Forestier, trescientos á Jacobo Rival, que tenía su bolsa pronta; en suma, se veía roído por una multitud de pequeñas



deudas de esas que no se declaran, deudas de veinte francos y hasta de cinco.

Saint-Potin, á quien había consultado sobre los métodos que podían emplearse para obtener cien francos, no llegó á descubrir ninguna fórmula aun siendo como era un hombre de inventiva, y Duroy se desesperaba

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
1625 MONTERREY, MEXICO

ante aquella miseria, pues era para él más sensible ahora que otras veces por lo mismo que tenía más necesidades. Así es que iba incubándose en él una cólera sorda contra todo el mundo, una irritación incesante que se manifestaba con cualquier motivo, en todo momento, por las cosas más fútiles.

Alguna vez se preguntaba cómo había hecho para gastar por término medio mil francos al mes sin ningún exceso y sin permitirse ninguna fantasía costosa, y pensando en ello se hacía cargo de que adicionando á un almuerzo de ocho francos una comida de doce en cualquiera de los grandes cafés del bulevar, sumaba en seguida un luis, que junto con diez francos como dinero del bolsillo, de ese dinero que se va sin que se sepa cómo, formaba un total de treinta francos. Ahora bien, treinta francos al día hacen novecientos al fin del mes, y luego tenía que contar todos los demás gastos de sastre, calzado, ropa blanca, planchadora, etc.

Ese día en que se entregaba á estas reflexiones era el 14 de diciembre, se encontraba sin un céntimo en el bolsillo y por más que torturaba el espíritu no daba con el medio de obtener algún dinero. Tuvo, pues, que resignarse á no almorzar, como con frecuencia le había ocurrido en otro tiempo, y pasó la tarde en el periódico ocupado en trabajar, rabioso y preocupado.

Hacia las cuatro recibió un « pequeño azul » de su querida que le decía :

— « ¿ Quieres que comamos juntos y haremos en seguida una escapada? »

Él respondió en seguida :

« Imposible comer juntos. » Pero reflexionando que sería bien tonto de privarse de los momentos agradables que ella podía proporcionarle, añadió : « Sin embargo, te esperaré á las nueve en nuestra habitación. »

Envió á uno de los ordenanzas con estas cuatro letras á fin de economizar el importe del telegrama y entretanto se puso á reflexionar cómo se las compondría para poder hacer la comida de la tarde.

Eran ya las siete y aún no había inventado nada en tanto que un hambre terrible se iba apoderando de su estómago. Entonces le ocurrió una estratagema de desesperado. Dejó partir á todos sus compañeros uno después de otro, y así que se vió solo, tocó el timbre vivamente. El ujier del director que se quedaba siempre para cuidar de las oficinas, se presentó. De pie y nervioso Duroy figuraba escarbar en sus bolsillos, hasta que, viendo al ujier, le dijo bruscamente :

— Oiga, Foucart, me he dejado olvidado el portamonedas en mi casa y he de ir á comer al Luxemburgo. Déme Vd. dos francos cincuenta para pagar el coche.

El hombre sacó del chaleco tres francos y al dárselos preguntó :

— ¿Quiere más el señor Duroy?

— No, con esto me basta, muchas gracias. Y después de tomar las tres monedas de plata bajó corriendo la escalera. Luego se fué á comer á un figón donde solía caer en los días de miseria, y á las nueve esperaba á su querida calentándose á la chimenea del saloncito de la calle de Constantinopla.

No tardó en llegar ella muy animada y alegre, azotada por el aire frío de la calle :

— Si tú quieres, daremos primeramente una vuelta y después nos volvemos aquí. El tiempo está admirable para pasearse.

— ¿Por qué salir? respondió él en tono gruñón. Estamos muy bien aquí.

Sin quitarse el sombrero insistió ella :

— Si supieras, hace una luna espléndida. Es una verdadera felicidad poder pasear esta noche.

— Es posible, pero yo no tengo gusto de pasearme.

Esto lo dijo con un aire furioso que resintió á Mme de Marelle :

— ¿Qué es lo que tienes? le preguntó. ¿Por qué empleas esas maneras? Yo tengo deseos de dar una vuelta y no veo por qué eso te puede incomodar.

— No es que eso me incomode. Es que me fastidia. Ahí lo tienes.

Mme de Marelle era una de esas mujeres á quienes la resistencia irrita y la descortesía exaspera.

— Yo no estoy habituada á que se me hable de ese modo, dijo con desdén y con fría cólera. Me iré entonces sola. ¡ Adiós!

Él comprendió la gravedad de la cosa y lanzándose vivamente hacia ella la tomó las manos, las besó y balbuceando la dijo :

— Perdóname, querida mía, perdóname ; esta noche estoy muy nervioso, cualquier cosa me irrita. Es que me ocurren contrariedades, disgustos, ¿sabes? asuntos del oficio.

Aunque un poco menos dura, pero no calmada, replicó ella :

— Eso no me interesa y no quiero soportar yo de rechazo los motivos que Vd. tenga para su mal humor.

Duroy la tomó entre sus brazos y la llevó hacia e canapé.

— Escucha, Clotilde mía, yo no he querido molestarte y no he pensado siquiera en lo que decía.

Y después de obligarla á que se sentara, se arrodilló delante de ella :

— ¿Me perdonas? Díme que me perdonas.

La joven murmuró friamente :

— Sea, pero no vuelvas á comenzar. Ahora vamos á dar una vuelta, añadió levantándose.

Él había permanecido de rodillas y ahora la retenía rodeándola por las caderas :

— Te lo ruego, balbuceó; quedémonos aquí. Te lo suplico, concédemelo. Me agradaría tanto tenerte aquí esta noche para mí solo, aquí cerca del fuego. Díme que sí, te lo suplico, dí que sí.

— No, replicó ella franca y duramente. Yo tengo gusto en salir y no cederé á tus caprichos.

Él insistió de nuevo :

— Oye, te lo suplico, tengo una razón, una razón seria.

— No, replicó ella de nuevo. Y si no quieres salir conmigo me voy. ¡Adiós!

De una sacudida se había desprendido de él y ganaba ya la puerta. Duroy corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos :

— Escucha, Clo, mi querida Clo, escucha y concédeme esto...

La joven decía que no con la cabeza sin responder, evitando sus besos y tratando de desprenderse para salir.

Duroy tartamudeaba :

— Clo, mi querida Clo, tengo una razón.

Entonces ella se detuvo mirándole de frente :

— Mientes, ¿cuál es? Y viendo que él se ponía encarnado sin saber qué decir, añadió : ¿Lo ves cómo mientes... rocín... Clotilde hizo un movimiento de rabia y con las lágrimas en los ojos escapó de sus brazos.

Todavía la volvió él á coger por los hombros y desolado, presto á declarar ya todo para evitar la ruptura, dijo con acento desesperado :

— La razón es que no tengo ni un céntimo... He ahí todo.

La querida se encaró otra vez con él y mirándole al fondo de los ojos para leer la verdad:

— ¿Qué has dicho?...

Duroy se había puesto rojo hasta los cabellos:

— He dicho que no tengo un cuarto. ¿Comprendes ahora? Pero ni un franco, ni cincuenta céntimos con que pagar un refresco de grosella en el café donde entremos. Tú me obligas á confesar cosas vergonzosas; sin embargo, yo no podía salir contigo y así que nos hubiéramos sentado, con dos vasos, encima de la mesa, contarte entonces tranquilamente que no podía pagarlos...

Y como ella le miraba siempre fijamente:

— ¿Conque es efectivamente cierto?...

En un segundo Duroy volvió hacia fuera todos sus bolsillos, los del chaleco, los del chaquet y murmuró:

— Vamos... ¿estás contenta... ahora?

La joven entonces abrió bruscamente los brazos y con un transporte de pasión le saltó al cuello exclamando con frase entrecortada:

— ¡Oh! queridito mío... mi pobre queridito...! ¡Si yo hubiera sabido! ¿Pero cómo te ha ocurrido eso?

Le hizo que se sentara, ella misma se sentó en sus rodillas y tomándole después por el cuello y besándole á cada instante en el bigote, en la boca, en los ojos, le obligó á que la contase cómo le había venido aquel infortunio.

Él inventó entonces una historia enternecedora. Había tenido que acudir en ayuda de su padre que se encontraba en apuro, y no solamente le había dado todas sus economías, sino que había contraído deudas de consideración.

— Tengo para lo menos seis meses de morirme de hambre, porque he agotado todos mis recursos. No importa, son momentos de crisis que la vida ofrece. Después de todo el dinero no merece la pena que uno se preocupe.

— Yo te prestaré, ¿quieres? le sopló ella en el oído.

Él respondió con dignidad:

— Tú eres muy buena, Clotilde mía, pero no hablemos de eso, te lo ruego. Llegarías á herirme.

Ella se calló un momento, pero, estrechándole después entre sus brazos, murmuró:

— Tú no sabrás nunca cuánto te amo.

Aquella fué una de sus mejores noches de amor.

Cuando estaba á punto de partir, le dijo Clotilde sonriendo:

— ¡Eh! Cuando uno está en la situación que tú ahora, qué agradable es encontrarse dinero olvidado en el bolsillo, una moneda escondida entre los forros.

— ¡Ah! seguramente que sí, respondió Duroy.

Bajo pretexto de que la luna estaba admirable, la joven quiso volverse á pie á su casa y por el camino se extasiaba contemplando el astro de la noche en aquella noche fría y serena de comienzos de invierno. Las gentes, sin embargo, andaban de prisa, y lo mismo los carruajes, á través de aquella claridad helada, y sobre las aceras percibíase el ruido que causaban los tacones de los transeuntes :

Al separarse preguntó ella :

— ¿Quieres que nos veamos pasado mañana?

— Ciertamente que sí.

— ¿Á la misma hora?

— Á la misma hora.

— Adiós, queridito mío.

Y se besaron tiernamente.

Él se volvió hacia su casa pensando en lo que inventaría al día siguiente para salir de sus apuros.

Pero, al abrir la puerta de su habitación, registró el bolsillo del chaleco en busca de cerillas con que encender su quinqué, y cuál no fué su asombro al encontrarse con una moneda que daba vueltas entre sus dedos.

Así que encendió la cerilla, tomó la pieza para examinarla. ¡Era un luis de veinte francos!

Aquel encuentro le volvía loco.

Tocaba y retocaba la moneda preguntándose por qué milagro aquel dinero se encontraba allí. Sin embargo, no podía haberle caído del cielo... De pronto adivinó, y con indignada cólera se le metió en el bolsillo. Su querida habíale hablado, en efecto, de monedas deslizadas por entre el forro y que aparecían en los momentos de escasez. Ella era quien le había hecho aquella limosna. ¡Qué vergüenza!

Y juró diciendo :

— ¡Oh! lo que es pasado mañana la voy á recibir bien... ¡Va á pasar un cuarto de hora bueno!

Se metió, en fin, en la cama con el corazón agitado de humillación y de rabia. Á la mañana siguiente se despertó tarde, y, como tenía hambre, intentó volverse á dormir para no levantarse hasta las dos...

— Pero el caso es, se dijo, que esto no me resuelve nada, es necesario que encuentre al fin dinero.

Y concluyó por echarse á la calle esperando que se le presentaría una idea salvadora. Mas esta no le venía y cada vez que pasaba por delante de un restaurant, un hambre canina le devoraba llenándole de saliva la boca. Como era ya mediodía y aún no había imaginado nada, se decidió bruscamente :

— ¡Bah! almorzaré de los veinte francos de Clotilde; esto no impide que mañana se los devuelva.

Almorzó, pues, en una cervecería por dos francos cincuenta, y, todavía al entrar en la redacción, devolvió al ujier los tres francos.

— Tenga Vd. Foucart, los tres francos que ayer me prestó para el coche.

Aquel día trabajó hasta las siete y luego se fué á comer de nuevo por tres francos, que, juntamente con el importe de dos bocks que tomó por la noche, hacía un total de nueve francos treinta céntimos gastados en el día á cuenta del luis de Clotilde.

Como no podía hacerse con nuevo crédito ni volverse á crear recursos en veinticuatro horas, tomó todavía al día siguiente seis francos cincuenta sobre los veinte que la noche misma debía devolver, de suerte que cuando llegó á la cita sólo tenía en el bolsillo cuatro francos veinte céntimos.

Así es que con un humor de todos los diablos se prometió abordar francamente la situación con su querida.

No tenía más que decirla :

— « He hallado los veinte francos que el otro día me pusiste en el bolsillo, pero ¿sabes? no te los devuelvo hoy porque mi posición no ha cambiado y no he tenido tiempo de ocuparme de la cuestión de dinero. Ya te los daré á la próxima vez que nos veamos. »

Clotilde llegó tierna y solícita, influída de temores. ¿Cómo la recibiría? Para evitar una explicación en los primeros momentos, le besaba con insistencia en tanto que él por su parte se decía :

— No es cosa de abordar la cuestión en seguida, buscaré una coyuntura.

Pero como la coyuntura no se presentaba, no dijo una sola palabra, retrocediendo siempre ante las primeras palabras con que debía abordar aquel delicado asunto.

Ella no habló para nada de salir y estuvo con él encantadora de todas las maneras.

Después de convenir en que no se verían hasta el miércoles de la semana siguiente, pues M^me^ de Marelle estaba invitada á comer varios días seguidos, se separaron á cosa de media noche.

Cuando al siguiente día Duroy buscaba para pagar el almuerzo las cuatro monedas que debían quedarle, vió que tenía cinco y una de ellas de oro. En el primer momento pensó que el día anterior se la habrían dado por equivocación al cambiarle una moneda de dos ó de cinco francos, pero comprendió en seguida lo que era y, humillado de aquella limosna perseverante, sintió que el corazón le palpitaba violentamente.

¡Cómo se arrepentía de no haber dicho nada! Si

hubiese hablado con energía, aquello no habría ocurrido.

Durante cuatro días hizo gestiones y esfuerzos tan repetidos como inútiles, para procurarse cinco luises teniendo al fin que comerse el segundo de Clotilde.

Por más que la había dicho en tono furioso :

— ¿Sabes? que no te vuelva á ocurrir la misma broma de las otras noches, porque me incomodaría.

Clotilde encontró medio de deslizar todavía veinte francos en la faltriquera del pantalón la primera vez que se vieron.

Apenas Duroy los descubrió no pudo tampoco esta vez contenerse :

— ¡Voto á!... se dijo jurando con rabia, si bien para tener el luis más á la mano, porque se hallaba sin un céntimo, se lo metió en el bolsillo del chaleco.

Y su conciencia se tranquilizaba con este razonamiento : « Le devolveré todo de una vez. En suma no es sino un dinero que me presta. »

Por último, el cajero del periódico, cediendo á sus ruegos reiterados, consintió en darle cinco francos por día. Lo justo para poder comer, pero no para restituir los sesenta francos.

Clotilde había vuelto á su furor de antes por las excursiones nocturnas á todos los lugares sospechosos de París, y Duroy concluyó por no irritarse desmedidamente cuando se encontraba una moneda amarilla en uno de sus bolsillos. Un día era una botina la que lo recibía después de aquellos paseos de aventuras, y hasta llegó á encontrárselo en la caja de su reloj.

Puesto que ella tenía deseos que no podía satisfacer en el momento, ¿no era natural que ella los pagara antes que privarse de la satisfacción que le producían?

Por lo demás Duroy llevaba cuenta exacta de todo lo

que recibía de aquella manera para restituírselo en su día.

— ¿ Creerás, le dijo ella una noche, que nunca he entrado en Folies-Bergère? ¿ Quieres llevarme?

Duroy vacilaba temeroso de encontrarse con Raquel.

Pero luego pensó : « ¡ Bah! después de todo yo no soy casado. Si la otra me ve comprenderá la situación y no me hablará; además, tomaremos un palco y se evita todo. »

Hubo también otra razón que le decidió. Le agradaba aquella ocasión de ofrecer á Mme de Marelle palco en un teatro sin pagar nada. Era una especie de compensación.

Dejó, pues, á Clotilde en el coche y se adelantó á tomar la localidad con objeto de que ella no viese que se la daban gratis, y ya con el talón en la mano recogió á Clotilde y juntos entraron saludados por los contralores del teatro.

El paseo rebosaba de gente y les fué difícil pasar á través de aquel maremágnum de hombres y de cocotas. Por fin llegaron á su palco y se instalaron encerrados entre la inmóvil orquesta y los remolinos de gente de la galería.

Pero Mme de Marelle apenas si miraba al escenario preocupada únicamente de las mujeres que circulaban detrás de ella, volviéndose, sin cesar, para verlas con deseo de tocarlas, de palpar en su corpiño, en sus mejillas, en sus cabellos, por saber qué clase de seres eran aquéllos.

De pronto le dijo á Duroy :

— Hay una morena gruesa que no deja de mirarnos, y hace un momento he creído que nos iba á hablar. ¿ No la has visto?

— No, respondió él. Debes de estar equivocada.

Pero hacía ya tiempo que Duroy había visto á Raquel que rondaba al rededor de ellos con la cólera pintada en los ojos y como si las palabrotas pugnaran por salir de sus labios.

Duroy había pasado poco antes rozando con ella al atravesar aquel gentío. « Buenas noches, » le había ella dicho muy bajito, acompañando el saludo con un guiño como diciendo « comprendo ». Pero él no había respondido á la cortesía de la cocota por miedo de que su querida lo viese y había pasado friamente con altanería y con desdén en los labios.

La cocota á quien aguijoneaban ya celos inconscientes, volvió sobre sus pasos, le rozó de nuevo, y con voz más fuerte pronunció : « Buenas noches, Jorge ».

Como tampoco esta vez respondió Duroy, Raquel se obstinó entonces en ser reconocida, saludada y sin cesar iba y venía al rededor del palco esperando un momento favorable.

Apenas vió que Mme de Marelle la miraba, tocó á Duroy ligeramente en el hombro :

— Buenas noches, ¿ cómo te va?

Él no se volvió.

— ¿ Pero qué? volvió á decir. Te has vuelto sordo desde el jueves.

Tampoco esta vez respondió Duroy afectando un aire de desprecio que le impedía comprometerse, siquiera fuese por una sola palabra, con aquella desvergonzada.

Ella se echó á reir pero con una risa de rabia :

— Vamos se ve que estás mudo. Tal vez es que esta señora te ha mordido la lengua.

Duroy entonces se volvió hacia ella furiosamente :

— ¿Quién ha dado á Vd. permiso para hablar? Váyase ó hago que la detengan.

Ante la contestación de Duroy, la cocota se irguió rabiosa y, echando chispas por los ojos, hinchada la garganta, comenzó á gritar :

— ¡ Eso es ! ¡ Anda de ahí, hocicón! Cuando se pasa la noche con una mujer se la saluda al menos. No es una razón el que vayas hoy con otra para no reconocerme. Si solamente me hubieras hecho señas cuando hace poco he pasado junto á ti, te habría dejado tranquilo. ¡Pero has querido presumir! ¡Espera que yo te sirva otra vez! Ni siquiera me dices buenas noches cuando te encuentro.

Todavía habría gritado mucho tiempo más si Mme de Marelle no hubiese abierto la puerta del palco escapándose á través de la gente y buscando desolada la salida del teatro.

Duroy se había lanzado detrás de ella y se esforzaba por alcanzarla.

Raquel al verlos huir aulló triunfante.

— Detenedla, detenedla, que me ha robado mi querido.

Todo el público se echó á reir y hasta hubo dos señores que por bromear tomaron á la fugitiva de los hombros y trataron de llevársela y de besarla, pero Duroy que ya la había alcanzado, se la arrebató violentamente y la arrastró hacia la calle.

Ella se metió inmediatamente en un coche que encontró vacío á la puerta del establecimiento y él saltó también detrás de ella, y como el cochero preguntase :

— ¿Adónde, señorito? respondió Duroy :

— Adonde Vd. quiera.

El coche se puso en marcha lentamente, sacudido por el empedrado de la calle. Clotilde se hallaba en una especie de crisis nerviosa y con la cara entre las manos se ahogaba de sofoco. Duroy no sabía qué decir ni qué hacer.

Después y al oir que lloraba, trató de disculparse y tartamudeó :

— ¡Oye, Clo, mi querida Clo, déjame explicarte todo! No es culpa mía... Yo he conocido á esta mujer mucho antes de ahora... en los primeros tiempos.

La joven se encaró con él bruscamente y con rabia de mujer amorosa que se ve traicionada, una rabia furiosa que la devolvió la palabra, balbuceó con frase rápida, entrecortada, jadeante :

— ¡Ah!... miserable... miserable... qué mendigo que haces... ¡Es posible! ¡qué vergüenza!... ¡Dios mío, qué vergüenza!...

Y exaltándose cada vez más á medida que las ideas

se aclaraban en ella y que los argumentos se le presentaban :

— ¿Y todavía era con mi dinero con lo que la pagabas, ¿no es eso? Y yo le daba el dinero... para esa... perdida... ¡Oh, miserable!...

Por espacio de algunos segundos pareció como si buscase otra palabra más fuerte que no concluía de llegar, pero de pronto expectoró con el mismo gesto que se emplea para escupir un esputo :

— ¡Oh gran cochino... cochino... cochino!... ¡La pagabas con mi dinero... cochino... cochino!...

No encontraba otra cosa que decirle y repetía :

— Cochino..., cochino...

Repentinamente sacó la cabeza por la ventana y tirando al cochero de la manga le ordenó :

— ¡Párese! y abriendo la portezuela se bajó del carruaje.

Jorge quiso seguirla, pero ella gritó :

— Te prohibo que bajes. Y lo dijo en voz tan fuerte que la gente que pasaba se reunió en torno de ella.

Duroy no respiraba siquiera por miedo al escándalo. Clotilde sacó de su bolsillo el portamonedas, buscó á la luz de la linterna dos francos cincuenta y, al mismo tiempo que se los ponía al cochero en la mano, dijo en tono vibrante :

— Ahí tiene Vd. el importe de una hora... Soy yo quien paga... Ahora conduzca Vd. á este puerco á la calle de Boursault, á Batignolles.

Entre el grupo que la rodeaba se produjo una carcajada general. Un señor aplaudió :

— ¡Bravo por la pequeña! y un granujilla que estaba precisamente entre las ruedas del carruaje, metió la

cabeza por la portezuela abierta y con acento chillón gritó :

— Buenas noches, Bibí.

El vehículo arrancó de nuevo perseguido por las cuchufletas de toda aquella gente.